

XIX Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C

Lecturas bíblicas

a.- Sb. 18, 5-9: Castigaste a los enemigos y nos honraste llamándonos a ti.

La primera lectura, hace memoria de la noche en que todos los primogénitos de los egipcios murieron, noche de liberación para los israelitas, porque el faraón otorgó la libertad al pueblo elegido (cfr. Ex.13, 17ss). Esta noche fue prevista por los padres, es decir, los patriarcas, a los cuales Yahvé les había prometido librarles de la esclavitud egipcia (cfr. Gn. 15, 13-14; 46, 3-4), o a Moisés, que también conoció esta noticia de la muerte de los primogénitos, y la libertad para su pueblo (cfr. Ex. 11,4-8). Se quiere resaltar esta noche, porque Dios llama a su pueblo, a que con la celebración de la Pascua y el Éxodo, se constituya Israel en forma definitiva, como pueblo escogido (cfr. Ex.12, 1-14). Recordemos, que antes incluso de la muerte de los primogénitos de Egipto, los israelitas celebraban la cena pascual, al interior de sus casas, en secreto, inmolaron el cordero del sacrificio (cfr. Ex. 12, 27; Nm. 9, 7; Dt. 16,5). Los israelitas reciben el calificativo de "hijos piadosos de un pueblo justo" (v.9), es decir, hijos de los santos y justos patriarcas. Esa primera cena pascual se constituye en fuente de comunión, entre todos los miembros del pueblo de Israel que conmemorarán, este hecho salvífico. Los Salmos (cfr. Sal.113-118), se encargarán de recordar este acontecimiento para las generaciones futuras.

b.- Hb. 11,1-2.8-19: Esperaba la ciudad cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios.

El autor de la carta a los Hebreos, hace desfilar a hombres insignes del AT., para sus lectores cristianos, como modelos de fe en Dios, descorazonados por las persecuciones que sufren de parte de la autoridad romana. Lo primero, es definir la fe como garantía, seguridad o certeza del cumplimiento de nuestra esperanza. La esperanza, está muy unida a la fe, asegura la realidad de lo que todavía no vemos, y esperamos alcanzar. Esta definición de la fe, nos presenta dos modos de entender la vida: desde la fe, o desde la realidad humana sin más. Esta última, concibe la vida sin metas por alcanzar más allá de la realidad material, basada en la suficiencia humana, o en lo que la vida ofrece, pero sin una visión trascendente. En cambio, la vida desde la fe, es concebir la vida como una peregrinación hacia la vida eterna, la patria verdadera, donde Dios premiará la fidelidad del cristiano a la gracia de la salvación. El AT., está lleno de hombres y mujeres que hicieron grandes sacrificios por permanecer fieles a Yahvé, y fueron premiados por su fe. A la hora de su muerte, muchos saludaron de lejos el cumplimiento de las promesas de Yahvé, con lo cual, se constituyeron en huéspedes, y peregrinos en esta tierra en busca de la patria celeste que Dios había preparado para ellos. Nueva lectura teológica para la fe de esos hombres que hace el autor de la carta a los Hebreos, la patria de los patriarcas es Dios, pertenecían a ÉL por la fe y las promesas que habían recibido. Cuando Yahvé se revela a Moisés en el Sinaí, se presenta como el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, es decir, viven en Dios, en la patria celestial (cfr. Ex. 3, 15-16).

c.- Lc. 12,32-48: Estad preparados para cuando vuelva el Señor.

En este evangelio, encontramos una primera parte, sobre el tema de las riquezas (vv.32-34) y una segunda que se refiere a la parusía, la venida del Señor Jesús (vv.35-48). En la primera parte, sigue el tema de las riquezas del hombre que vive para ellas, y es pobre ante Dios (cfr. Lc. 12, 13-21); en cambio, el rico para Dios, era el hombre abierto a la acción de su Espíritu, que construye su reino en este mundo, compartiendo sus bienes con su prójimo. El trasfondo de todo este tema era: "Buscad primero el reino de Dios y todo lo demás sé os dará por añadidura" (v. 31; cfr. Lc.12, 22-31). Este pasaje evangélico de hoy, comienza con una de las grandes revelaciones: "No temas, pequeño rebaño; porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el reino" (v. 32). Pequeño rebaño, se refiere quizás, al número de creyentes que esperan en Cristo, pero que al estar en la Iglesia, esperan y aman, por ello son ya partícipes del reino de Dios. Son grandes, porque tienen a Dios como Padre, ahí radica su grandeza, su tesoro que enriquece su existir. Son los que no tienen nada, porque son pobres, pero se admiran de los bienes con que Cristo los enriquece, por ello son pequeños, por ello se les ha confiado el reino de Dios. Porque ya viven el misterio del reino, se les pide que atesoren para este reino, convirtiendo sus riquezas y bienes en limosnas, invertir tiempo y vida en los que están tristes, los pobres y los hambrientos. El corazón del hombre, reposa donde está su tesoro, si son las riquezas su tesoro, ahí estará su centro, en esta vida; en cambio, si el tesoro está en la vida eterna, ese corazón está ya en el cielo (v.34). La segunda parte del evangelio, nos habla de la vigilancia del cristiano. Si el discípulo vive en tensión de eternidad, inquieto por alcanzar ese tesoro, estará siempre preparado para cuando llegue el Señor, y abrirle la puerta. La parábola que usa Jesús refleja dos modos de espera: el mayordomo fiel y el mal administrador; el que espera sirviendo a su prójimo, y el que se aprovecha del prójimo para su beneficio, es decir, con esa actitud revela que no cree en el regreso de su Señor. La figura del mayordomo, bien puede representar a los dirigentes de la Iglesia, cuyo servicio debe extenderse a toda la comunidad, símbolo de su vigilancia personal, y comunitaria. Pero si eso se exige a los dirigentes, también a todos los miembros de la Iglesia, se les encarga un servicio en el tiempo de la espera. El amor de Dios, es el tesoro del reino, por lo tanto, si partícipes del mismo, también cada discípulo, es fuente de amor para los miembros de la comunidad y de todos los hombres.

Teresa de Jesús nos enseña que debemos saber que vamos a ser juzgados en al amor por Quien nos ha amado y hemos amado siempre. "Será gran cosa a la hora de la muerte ver que vamos a ser juzgadas de quien habemos amado sobre todas las cosas" (CV 40,8).